

LA VIRTUD CORONADA, (16)

ROMANCE ENDECASÍLABO, 1789

QUE CON EL GLORIOSO MOTIVO

DE LA REAL CORONACION

DE NUESTRO CATOLICO MONARCA

DON CARLOS CUARTO

ESCRIBIA

DON JOSEF MARIA DE MERAS ALFONSO,

QUE DESDE LA EDAD DE DOS AÑOS

QUEDÓ TOTALMENTE CIEGO DE LAS VIRUELAS.

*Quando al derecho del nacer reune  
Las virtudes un Rey en su persona,  
No solo el mundo, el Cielo le corona.*



CON LICENCIA:

MADRID: EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.  
MDCCLXXXIX.

4-1001215029



ROMANOS EN ESPAÑA  
QUE CON EL GLORIOSO REINO  
DE LA REAL CORONACION  
DE NUESTRO CATOLICO MONARCA  
DON CARLOS QUINTO  
ESCRIBIA

DON JOSE MARIA DE MIERAS ALONSO,  
QUE DESDE LA EDAD DE DOS AÑOS  
QUEDÓ TOTALMENTE CIEGO DE LAS VIRTUDES.

Quando el derecho del nacer viene  
sus derechos no hay en su persona,  
No sólo el mundo, el cielo lo corona.



CON LICENCIA:  
MADRID: EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.  
MDCCLXXXIX.



**G**ritó á la arma Luzbel, y conmovido  
 Al trueno de su voz todo su Reyno,  
 Para ruina de todos los mortales  
 Las huestes de aquel Rey se apercibieron.  
 Abriéronse las puertas del espanto,  
 Y de lo mas profundo del Aberno  
 Salió veloz de hierro y fuego armada  
 La Muerte amenazando al Universo.  
 Recorrió, pues, gran parte de la tierra,  
 Dexando á cada paso los efectos  
 De su implacable saña, y de mil modos  
 Alimentando su infernal despecho.  
 El Turco, el Aleman, el Moscovita  
 En triste alternativa le rindieron,  
 Sin mas heroyco fin que el de arruinarse,  
 En tierra y mar millares de trofeos.  
 No bastaba este estrago repetido  
 A saciar sus furoros, y extendiendo  
 Su infausto vuelo ácia la Esperia, arriba  
 A la Corte del gran CARLOS TERCERO.  
 Entrando en su Palacio, en él descarga  
 De su guadaña el golpe mas funesto,  
 Y del Trono del ínclito Pelayo  
 Precipita al Monarca mas excelso.  
 En ceniza y en polvo convertido  
 Vió la España su bien, y en un momento  
 Se trocó la mansion de la alegría



En region de dolor y llanto acerbo.  
 El hijo grande del mayor Filipo,  
 El mas glorioso Príncipe, el Biznieto  
 Del Genio augusto que la Francia adora,  
 Espiró dando de piedad exemplo.  
 Entonces dos espíritus celestes,  
 Por mandato especial del Rey Supremo,  
 La Diadema recogen del gran CARLOS,  
 Y al Empireo llevándola subieron.  
 Allí, pues, la presentan, qual tributo  
 Debido á su virtud y heroyco zelo,  
 A aquel Héroe inmortal que dió principio  
 A la restauracion de nuestro Imperio.  
 Luego le hacen saber que el Rey de Reyes  
 Depositarla en él, como el primero  
 Que la supo ceñir, ordena, en tanto  
 Que es el punto de darla al digno dueño:  
 Que quizá no se encuentra ya en el mundo  
 Un Héroe tan ilustre y tan completo  
 Que llene el hueco del difunto CARLOS,  
 Y merezca regir dos emisferios:  
 Que aunque por todas las humanas leyes,  
 Obra de la razon, haya heredero,  
 Sin perjuicio de fueros tan sagrados,  
 Quiere que esta eleccion se haga en el Cielo:  
 Que al Arcangel Gabriel, al muy glorioso  
 Fernando, antiguo Rey del Pueblo Ibero,  
 Y á tí, Pelayo, todos en concordia,



Encarga tan difícil nombramiento:  
 Apenas los dos Nuncios sacrosantos  
 Acabaron de hablar, quando el Congreso  
 Que habia de decidir del mayor Trono  
 Estuvo junto en un total silencio.  
 Habló Gabriel, y sucesivamente  
 Hablaron los demas y discurrieron;  
 Pero sin nada resolver; no obstante  
 Su gran saber y sobrehumano ingenio:  
 Qual discurriendo va por los Palacios,  
 Qual descende á las chozas y desiertos,  
 Y qual embarazado entre mil dudas  
 Sin proponer á nadie está perplexo.  
 En tanto que esto pasa en las Alturas,  
 De la afligida España el llanto tierno,  
 Y los ayes sin número que arroja,  
 Las bóvedas penetran de los Cielos,  
 En los oidos suenan de Pelayo,  
 Quien indecisos los sublimes Genios,  
 Haciendo suspender la conferencia,  
 Al Trono se dirige del excelso:  
 Allí profundamente prosternado,  
 Con aquella humildad, aquel respeto  
 Que reyna entre los Justos, de esta suerte  
 Por sus hijos aboga lastiméro:  
 Piadoso Padre de la humana estirpe,  
 Y de tu Pueblo bienhechor inmenso,  
 De la Nacion que humilde mas te adora



Oye, Señor, los lastimosos ecos.  
 Nosotros escoger no hemos sabido  
 La mano digna de empuñar el cetro  
 Del Imperio Español, no la encontramos;  
 Pero á tus ojos nada hay encubierto.  
 ¿Al Divino Saber podrá ocultarse,  
 Ni en el lugar mas hondo y mas secreto  
 De la tierra, algun sabio virtuoso  
 Que merezca vestir el Manto Regio?  
 ¿O ya quieres (mas no no lo permita  
 Tu paternal bondad) Rey justiciero,  
 Suscitar un tirano que sus culpas  
 Castigando devore aquel tu Pueblo?  
 ¿Aquel pais, el centro de tu culto,  
 Regado con la sangre de mi pecho,  
 Y la de tantos Mártires atletas,  
 Ha de ser de tus iras triste objeto?  
 ¿Los Alfonsos, los Carlos, los Fernandos,  
 Los Felipes el Trono de que hicieron  
 La columna mayor del Christianismo  
 Profanado han de ver? ¡ó Padre Eterno!  
 ¿Aquel rebaño fiel que en ocho siglos  
 Jamas cesó de combatir sufriendo  
 La esclavitud, las guerras, los suplicios  
 Por tu glorioso nombre y tus respetos,  
 Abrá de perecer? ¿y tal la suerte  
 Del Imperio será, cuyos cimientos  
 Labré yo entre las rocas Asturianas



Con tanta gloria tuya y mia á un tiempo?  
 No, gran Dios, si mi sangre y la semilla  
 De tantos Héroes como aquel terreno  
 Ha fecundado á producir no alcanza  
 Ya de reynar los ínclitos modelos,  
 Yo mismo iré, si tú me lo permites,  
 A dar á mi Nacion algun consuelo,  
 Y á buscar por el ámbito del Orbe  
 De CARLOS sucesor digno de serlo.  
 De esta manera por su amada España  
 Habló Pelayo, y al postrer acento  
 Esta respuesta tuvo que salia  
 Del trono del Oráculo Supremo.  
 Pelayo, ve sin dilacion, descende  
 A la region de Esperia, conduciendo  
 De sus Monarcas la Real Diadema:  
 Arriba á la Metrópoli del Reyno,  
 Guiado de mi luz en el agosto  
 Alcazar hallarás al Héroe electo  
 Para el glorioso imperio de dos Mundos,  
 No inferior á su Padre ni á su Abuelo.  
 De parte del Gran Dios á quien adora  
 Que vas á coronarle dí, y un Cetro  
 En su diestra poner, que fiel me sea,  
 Que yo sobre él propicio siempre velo:  
 Tal el ímpetu fue de estas palabras,  
 Que el alma de Pelayo al gran precepto  
 Obediente al momento se descuella,



Rompiendo el luminoso Firmamento:  
 De una celeste nube circundada,  
 De Planeta en Planeta va corriendo,  
 Y descendiendo al nuestro se coloca  
 Sobre los muros de la gran Carpentó:  
 De aquí su vista tiende á todas partes,  
 Y desde los erguidos Pirineos  
 El dilatado espacio reconoce  
 Que de Calpe termina en el Estrecho.  
 La obra de ocho siglos de fatigas,  
 De batallas é insignes vencimientos,  
 Comenzada por él, hoy coronada  
 Ve por los Héroes que le sucedieron:  
 Absorto mira el célebre peñasco  
 Desde donde con solos mil guerreros  
 A la empresa mayor que vió la tierra  
 Le condujo su fe y heroico aliento:  
 De nuevo se sorprende quando mira  
 La ilustre Capital y en ella impresos  
 Los beneficios del difunto CARLOS,  
 Cuya memoria triunfará del tiempo.  
 No se detuvo mas, pues el cuidado  
 De dar exácto y breve cumplimiento  
 A su mision divina le conduce  
 Hasta el Palacio del mas justo dueño:  
 Invisible á los ojos de los hombres,  
 Iluminado del celeste fuego,  
 Del grandioso y magnífico edificio



En el lugar penetra mas interno:  
 Allí, pues, á su vista se presenta  
 Un gallardo Varon de noble aspecto,  
 De un heroico modal, y juntamente  
 De magestad y de dulzura lleno:  
 Demudado el color, baxos los ojos,  
 Asomaba su rostro desde el pecho  
 Algun vivo dolor, y los suspiros  
 Confirman lo que indica triste el gesto.  
 Una Real Matrona la mas digna,  
 De floreciente edad, rostro alhagüeño,  
 De las gracias tesoro y de hermosura,  
 Le acompaña en el grave sentimiento:  
 Qual matutina rosa desmayada  
 A los rigores del ardiente Febo,  
 Así se muestra la beldad augusta  
 Vencida del dolor por el exceso.  
 Reconoce Pelayo en este punto  
 Aquel primer y mas precioso resto  
 Del Tercer CARLOS y del gran linage  
 Que casi cien Monarcas dió al Ibero:  
 Reconoce asimismo á la gran LUISA,  
 A quien con CARLOS enlazó himeneo,  
 La sangre, la justicia, las virtudes  
 De ambos Consortes para bien perpetuo.  
 De improviso de CARLOS la Real frente  
 De estrellas coronada y de luceros  
 Se ve, y Pelayo en tono mesurado



Le dirige su voz así diciendo:  
 Preclaro sucesor del Heroe grande,  
 Cuya muerte estos lares ha cubierto  
 De lágrimas, de luto y de tristeza,  
 Hijo inmortal en quien su imagen veo:  
 Yo aquel guerrero soy que en Covadonga,  
 A pesar del esfuerzo Sarraceno,  
 Restablecer de España el Trono supo,  
 El mismo Trono á que hoy te llama el Cielo;  
 A tí me envia el Dios Omnipotente,  
 Y en su nombre Divino te presento  
 Esta Diadema que con tanta gloria  
 Ciñeron tus mayores, yo uno de ellos;  
 Mil años, CARLOS, mil dichosos años  
 Honre tu frente Real, ella es el premio  
 De tus virtudes, sí, y un nuevo lustre  
 Adquirirá en tus sienes, yo lo espero:  
 Esta Heroína, tu querida Esposa,  
 De tan sublime cargo el grave peso  
 Te ayudará á llevar: ah! cuántas luces  
 ¡Oh CARLOS! no hallarás en sus talentos:  
 Antes padre que Rey! del Pueblo illustre  
 Que vas á gobernar sé dulce y recto,  
 Que tu Dios estará siempre contigo,  
 Y yo mi patrocinio te prometo.  
 Esto dicho, las sienes del Monarca  
 Corona el portentoso Mensagero,  
 Y todo el mundo en tan feliz instante



Se ve inundar de júbilo en afectos,  
 Mil paraninfos hinchén á porfia  
 De músicas y cánticos el Euro,  
 La celestial Sion sus puertas abre,  
 Y los justos se asoman un momento.  
 A la tierra se acercan los Planetas  
 Para testigos ser del gran suceso,  
 Y las gracias baxando á nuestros climas  
 La dicha nos anuncian y el contento.  
 En la region de las tinieblas se hunden  
 La tristeza y dolor, y en el infierno  
 Se siente un temblor tal que á sus veyvenes  
 De Luzbel se trastornan solio y cetro.  
 Desempeñado ya el glorioso encargo,  
 Pelayo, nuestro padre y medianero,  
 A su eterna mansion se restituye,  
 A los nuevos Monarcas bendiciendo.  
 Ya para el acto público y solemne  
 De la Coronacion y al heredero  
 Del Trono jurar Príncipe de Asturias,  
 Segun antigua usanza de estos Reynos,  
 Las Provincias sus Próceres envian,  
 Prepará la Metrópoli festejos,  
 Y en tropas los Hispanos á ver corren  
 Una funcion tan grata para ellos.  
 Y vosotros, ó Reyes, coronados  
 Por la próvida mano del Eterno  
 Don Celestial que su bondad dispensa



Para colmar de España los deseos,  
 Gozad, gozad en repetidos lustros  
 Del homenaje gratitud y obsequio  
 De un Pueblo que os adora, y que conoce  
 Lo que á CARLOS y á LUISA está debiendo:  
 Vivid, reynad felices, que nosotros  
 Consagrados desde hoy á obedeceros,  
 De dueños tan benéficos no hay gloria,  
 No hay bien que no podamos prometeros:  
 En todos es igual la confianza,  
 El pobre, el rico, el grande y el pequeño,  
 El letrado, el filósofo, el artista,  
 El labrador, el hombre de comercio,  
 Todos os ven reynar por la justicia:  
 Anuncio bien feliz la que habeis hecho  
 Al mérito del sábio que preside  
 De la Nacional Tribunal Supremo:  
 Y tú, España, no mas desde hoy emules,  
 Ni en el antiguo mundo ni el moderno,  
 Pedros á Rusia, á Prusia Federicos,  
 Y á Roma sus Trajanos, sus Aurelios,  
 Que tú sola en la Europa, y aun el mundo,  
 De CARLOS y de LUISA baxo el Cetro  
 La region has de ser que un siglo de oro  
 Contará en medio de la edad de hierro.

F I N.